

DIA XI.

MARTIROLOGIO.



S. LEON MAGNO PAPA.

SAN LEON, papa y confesor, en Roma, el cual por sus excelentes virtudes fué llamado el MAGNO. En su pontificado se celebró el santo concilio de Calcedonia, en el cual por medio de sus legados, condenó á Eutiques, y con su autoridad confirmó los decretos del mismo concilio. Despues de haber establecido muchos decretos, y escrito elegantemente varios tratados, habiendo trabajado con gran zelo como buen pastor por el bien de la san'ta Iglesia de Dios y de todo el rebaño del Señor, descansó en paz. (*Véase la historia de su vida en este dia.*)

SAN ANTIPO, en Pérgamo en Asia, testigo fiel de quien hace mención S. Juan en el Apocalipsi; este Santo en tiempo del emperador Domiciano fué metido en un toro de bronce hecho ascua, y en este tormento alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DOMNION, obispo, y OCHO SOLDADOS, en Salona en Esclavonia.

SAN FELIPE, obispo, en Gortina en la isla de Candia, muy esclarecido en doctrina y santidad, el cual en tiempo de Marco Antonino Vero y de Lucio Aurelio Cómodo, gobernando su Iglesia la preservó del furor de los gentiles, y de las asechanzas de los herejes.

SAN EUSTORGIO, presbítero, en Nicomedia.

SAN ISAAC, monge y confesor, en Espoleto, de cuyas virtudes hace mención S. Gregorio papa.

SAN BARSANUFIO, anacoreta, en Gaza de Palestina, en tiempo del emperador Justiniano.

SAN LEON, PAPA, LLAMADO EL MAGNO.

SAN Leon, mas grande aun por su eminente santidad, y por todas las heróicas virtudes de que lo adornó el cielo, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, y le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hácia el fin del siglo IV, siendo emperador el gran Teodosio. Fué romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por la delicadeza de su ingenio, como por su cortesana educacion y urbanísimo carácter, se cree que fué de familia distinguida. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se señaló entre todos los demás por la solidez y por la viveza de su ingenio, igualmente que por el candor y pureza de sus costumbres: tanto, que en poco tiempo fué el ejemplo y

aun la admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras; pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio, para triunfar del error, y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito, fué escogido para llevar á los obispos de Africa las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los heresiarcas Pelagio y Celestio, con cuya ocasion trató á S. Agustin, y contrajo estrecha amistad con él. De vuelta de este viaje fué ordenado de diácono de la Iglesia romana; y el papa S. Celestino, conociendo la sublime elevacion de su genio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario; empleo en que dió á conocer la rara estension de sus talentos, dilatando su fama hasta las provincias mas remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la santa Sede, acudió S. Cirilo, patriarca de Alejandría, para informar al papa por su medio de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalem: pudiéndose decir que sobre los hombros del diácono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la herejía del impiísimo Nestorio, la tuvo nuestro Santo de mostrar su ardiente zelo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fué la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio, y suyas fueron las cartas que escribió el papa á S. Cirilo y á los padres del concilio general Efesino. No contento con esto, exhortó Leon, y persuadió á su especial amigo Casiano, que escribiese de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido en la silla de S. Pedro á S. Celestino el papa Sixto III el año de 432, se halló S. Leon en estado de hacer mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo pontífice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardientemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetracion descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclama, principal apoyo y protector de los pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Aecio y Alvino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundacion de bárbaros, si S. Leon, enviado por el papa Sixto, no la hubiera re-

mediado. Su prudencia, su aguante y su destreza ganó de tal manera el corazon de aquellos dos generales, que terminadas amigablemente sus diferencias, volvió á unir los ánimos de entrambos, haciendo que atendiesen acordes á los intereses de la religion y del estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacia, murió en Roma el papa Sixto, dejando espuesta la Iglesia á terribles embarazos, por el furor de los herejes, que se multiplicaban cada dia, por la crueldad de los bárbaros que iban penetrando todas las provincias del imperio, y por la relajacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y así aunque estaba ausente, fué elegido por papa con unánime consentimiento y con aplauso universal el dia 28 de julio del año 440. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fué consagrado el domingo 8 de setiembre, seis semanas despues de su eleccion, y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano; acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la silla apostólica mas digno ni mas benemérito sucesor de su primer vicario S. Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, empleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debia dar principio por la reformation del clero romano, y cuyas relajadas costumbres tenian mucha necesidad de ella, y cuyo ejemplo debia servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con escitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasándose pocos dias sin que predicase al pueblo; y correspondiendo el fruto á su apostólico zelo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Y considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demás partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones: de manera, que no habia ángulo en toda la Iglesia universal tan retirado ó tan escondido adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica: dió reglas á los fieles para gobernarse, propias y oportunas para todo género de estados y de condiciones; é hizo florecer la primitiva piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos por la vigilancia, por la magnanimidad y por el zelo prudente, activo y divinamente iluminado del santísimo pontífice. Los maniqueos huyendo de la dominación de los Vándalos en Africa, habían venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones: al tercer año de su pontificado estermínó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á S. Próspero de Aquitania, para que estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habían hecho insolentes, y el número los hacia formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, los hizo una mortal guerra, y en fin, tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. Fué condenado y privado de su silla episcopal, como hereje, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en pais remoto y extraño. Los presbíteros de Marsella ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que S. Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décimatercia; y el mismo Leon escribió á los presbíteros de la Provenza, no perdonando diligencia alguna para borrar de la memoria de los mortales hasta el nombre de los pelagianos.

Renovóse en España la herejía de los priscilianistas; y apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó muy de propósito y con el mayor nervio todos los principales puntos de aquella secta, en las varias epístolas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales para estermínar este monstruo, y logró verle aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le había escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores monstruos y los mas peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna S. Flaviano, patriarca de Constan-

tinopla, condenando en un concilio esta detestable herejía juntamente con su autor; pero Eutiques no se sujetó á su decision. Valiéndose de aquellas artes y enredos, que son tan propias en todos los heresiarcas, él mismo se anticipó, y escribió á S. Leon, que habiendo vuelto á levantar cabeza el nestorianismo, él había salido denodadamente á combatir el error; pero con tan poca fortuna, que había tenido la desgracia de ser condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la santa Sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el santo pontífice no era menos sagaz y prudente para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la encarnación del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio, no perdonando medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado ya plenamente de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de S. Flaviano, y de todo cuanto había pasado en el que se llamó despues, y se llama el dia de hoy, *el latrocinio público de Efeso*; no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los pasos, los medios que aplicó el solícito pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma, escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia para interesarlos en la causa de la religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general Calcedonense, en que el mismo santo papa presidió por medio de sus legados, donde la verdad triunfó del error: Eutiques fué condenado, y se concluyó el concilio con las solemnes gracias y públicas aclamaciones que se tributaron *al muy grande y santísimo pontífice Leon*.

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable zelo del vigilantísimo pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros: Atila, rey de los Hunos, superada la Panonia, había penetrado con un formidable ejército hasta las provincias mas interiores del imperio, arrasando las campiñas, quemando las iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavia, Milan habían experimentado ya el bárbaro furor del fiero conquistador, que él mismo se apellidaba *el azote de Dios*, haciendo vanidad de este renombre; y toda la Italia era ya presa infeliz de este tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Po, iba á conquistar todo el imperio romano,

apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudió toda Roma á su amantísimo pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que él solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas, de los clamores de su pueblo, y poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa como arriesgada comision. Hallábase Atila al frente de su ejército sobre las riberas del Mincio en las cercanias de Mantua. Púsose Leon en su presencia; y le habló con tanta valentia, con tanta majestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde habia venido, volviendo á repasar el caudaloso Danubio. Reconoció todo el universo esta maravilla, y Leon rindió al Dios de los ejércitos toda la gloria. Pero aprovechándose de ocasion tan oportuna, apenas se restituyó á Roma, cuando hizo se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones: desterró todos los espectáculos profanos; reformó las costumbres en todos los estados: renovó la piedad: restituyó la devocion del pueblo con la Reina de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuia la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo papa, libre de sus congojosos sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, por el empeño en que habia insistido, después del concilio Calcedonense, de mantener los privilegios que pretendia competir á su silla patriarcal, defendiendo deber ser la primada de todo el Oriente. Opúsose valerosamente nuestro Leon á la usurpacion de esta primacia; por lo que irritado Anatolio, no perdonó medio, diligencia y artificio para indisponer contra él el ánimo del emperador; y previendo el prudentísimo pontífice las malas consecuencias que podian resultar de estos mal intencionados oficios del patriarca, nombró á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del emperador en calidad de apocrisario ó nuncio suyo: costumbre que observó después la silla apostólica en las cortes de los mayores príncipes. Escribió el papa al emperador y á la emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el Santo se mantuvo siempre inflexible.

y el emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento, y vigilante siempre á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monges de Palestina sobre los artículos de fe decididos ya en los cuatro concilios ecuménicos: dispuso una regla ó ciclo pascual, dispensando á los latinos el recurrir á los griegos ni á los orientales para la celebracion de la Pascua: reformó ó restituyó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente: escribió á Doro, obispo de Benevento, á Teodoro, obispo de Frejuí, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administracion de los sacramentos, se incluyeron en el cuerpo del derecho canónico con el nombre de *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los Vándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fué lamentable la desolacion. Procuró el santo pastor que su rebaño se aprovechase de ella: hizo reconocer á los romanos que su ingratitud para con Dios era la causa de sus calamidades y desdichas, naciendo estas del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del licencioso desorden de sus costumbres y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos; y como se habia apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y zelosísimos misioneros de la religion, á la cual redujeron tanto número de bárbaros, que S. Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño, que se habia aumentado considerablemente en el de Jesucristo.

Los esfuerzos de su vigilancia y de su zelo le daban tantos alientos, que le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender como podia bastar un hombre solo á tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de

la divina palabra : quitaba la máscara al error , y le confundía con su doctrina : era el alma de todos los concilios : proveía todas las iglesias del mundo en sus necesidades : detenía con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros : desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores : restituía con su tesón la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor : hacía florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

El fué el primer pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Tenemos de S. Leon ciento y noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año ; ciento y cuarenta y una cartas que esplican con precision , con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la religion , las cuales principalmente dan á conocer el carácter de este gran papa ; pero con aquella magnanimidad de corazon , con aquella elevada y vastísima comprension , con aquella universalidad de talentos , quizá no habrá habido en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el aniversario de su consagracion , para juzgar si es posible una mayor santidad , ni mayor mérito , con humildad mas profunda.

Despues del saqueo de los Vándalos renovó toda la plata en todas las iglesias de Roma ; reparó las basílicas de S. Pedro y de S. Pablo ; estableció capellanes en los sepulcros de los dos santos Apóstoles ; enriqueció las iglesias antiguas , y erigió otras nuevas. En fin , despues de veinte y un años de pontificado , aquel papa verdaderamente grande , azote de los herejes , padre de los pobres , luz del mundo cristiano , admiracion de todo el universo , ornamento de la silla apostólica , consumido de los trabajos y de las penitencias , y colmado de merecimientos y de gloria , fué á recibir en el cielo , del Padre de las misericordias , el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de abril del año , á lo que se cree , de 461 , hácia los sesenta de su edad , poco mas ó menos , dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo ; pero lloróle muy particularmente Roma , que no solamente le veneraba como á su pastor y como á su libertador , sino tambien como á su padre. Fué depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basílica de S. Pedro , y su culto comenzó á celebrarse desde el sexto siglo en la universal Iglesia , así latina , como griega.

La Misa es en honor del Santo , y la oracion la que sigue :

Suplicámoste , Señor , que oigas benignamente las súplicas por los merecimientos de aquel que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon , que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesu confesor y pontífice , y que sucristo , etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico.

He aqui un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios , y fué hallado justo , y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes , y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones , y le conservó su misericordia , y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes , y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna , y le dió el sumo sacerdocio , y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio , y fuese alabado su nombre , y le ofreciese incienso digno de él , en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus , qui in diebus suis placuit Deo , et inventus est justus. Este es aquel gran sacerdote , que agradó á Dios mientras vivió , y fué hallado justo. Solo se agrada á Dios sirviéndole y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza , el mérito mas real , la mas sólida felicidad : *Hoc est enim omnis homo* , como se esplica el Espíritu Santo , esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo no deja de ser honra ; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito : el genio , la simpatía , y tal vez la lisonja , pueden contribuir á inspirar la inclinacion : no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor , el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como el destino de los favorecidos , que el favor no se conserve hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion , la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agra-

dar á Dios es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable : agradar á Dios es estar en su gracia , y es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres ; porque la amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias , todos los contratiempos , todos los reveses de la vida? ¿qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor , y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¡Qué objeto mas digno de nuestra ambicion , ni qué ambicion mas fácil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda , se afana , se trabaja , se gasta la salud , se sacrifican los bienes , y tal vez hasta la misma vida en servicio de los grandes : no suele bastar todo esto para que se den por bien servidos , para merecer su agrado. Téngase la voluntad mas sincera , la mas fina , la mas ardiente de servirlos : no se pagan de ella , ni alcanza para que nos dispensen su gracia. Pero respecto de Dios , en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle , le sirvo ; la misma voluntad de agradarle , es complacerle. Pero siendo tan estimable , siendo tan ventajoso , siendo tan fácil aspirar y conseguir este favor del Altísimo , ¿se matan mucho los hombres por alcanzarle? ¿se les da mucho de perderle? ¡Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleite , al interés , á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca , y la grandísima serenidad con que se vive despues de haber pecado ; ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? ¿quién se mata mucho por volver á ella? Hágase induccion por todos los estados del mundo , aun los que viven en los mas santos , ¿se ocupan mucho en los deseos , en las ansias , en las solicitudes de agradar á Dios? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia , aquellas personas de una virtud , de una santidad eminente , que son en la realidad tan pocas y tan raras ; ¡cuanta prodigiosa multitud resta de cristianos tibios , helados , que miran esto de servir á Dios con la mayor indiferencia! ¡Cuanta portentosa multitud de libertinos , de hombres sin religion en medio del seno mismo de la santa Iglesia! Esos ricos comerciantes , esos hombres de corte , esas gentes de negocios , esas mujéres del mundo , esas personas tan poco cristianas , á quienes la ambicion , el interés , el amor á los deleites , y todas las demás pasiones van dominando como por turno y sucesivamente , menos cuando todas juntas las dominan , ¿se ocupan mucho en el deseo , en el ansia de agradar á Dios , dándoseles tan poco ó tan nada por desagradarle?

El Evangelio es del cap. 16 de S. Mateo.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo , y preguntaba á sus discípulos , diciendo : ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron : Unos que es Juan el Bautista , otros que Elias , otros que Jeremias , ó alguno de los profetas. Dijoles Jesus : ¿Y vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro dijo : Tú eres el Cristo , el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus , le dijo : Bienaventurado eres , Simon ,

hijo de Juan , porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado , sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro , y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia , y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos ; y todo lo que atares sobre la tierra , será atado tambien en los cielos ; y todo lo que desatares sobre la tierra , será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

Del rendimiento á la Iglesia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion , así tampoco hay verdadera fe sin el rendimiento á ella. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la religion y del espíritu de Jesucristo , el que no la escucha debe ser tenido por publicano , y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes , sus reglas son decretos , sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla , es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco que no sea un riesgo y un precipicio. Aquel leon rugiente , que anda al rededor de él , buscando á quien despedazar con las garras , y á quien devorar con los dientes , en viendo una oveja fuera del redil , al punto la despedaza.

Esta Iglesia tan divina en su origen , tan sobrenatural en sus dogmas , tan santa en sus máximas , tan respetable en todas sus leyes , no es otra que la Iglesia católica , apostólica , romana , fundada por Jesucristo , estendida en todo el universo por los apóstoles , cimentada , por decirlo así , con la sangre de mas de diez y ocho millones de mártires , ilustrada con las brillantes virtudes de tantos santos , á la cual privativa y únicamente dejó Cristo su espíritu ; la cual sola no teme al infierno , y en sola la cual se hallan y se pueden hallar los verdaderos fieles.

¡Qué dicha! ¡qué beneficio haber nacido en su seno! ¡haber sido criado con su leche! ¡poder caminar seguramente á favor de su indefectible luz! ¡pero qué desdicha! ¡no dar oídos á sus voces! ¡no ser dóciles á su voluntad! ¡y dejando sus caminos abrirse nuevas sendas, y caminar por ellas á ciegas y sin guía!

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay mas que un fantasma de Iglesia; una máscara de religion; una ley orgullosa, estravagante, quimérica y de capricho: obra de la indocilidad del espíritu humano, y digno fruto de la falta de rendimiento y de sujecion á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces, que al punto no se hiciese tambien ciego. No se hace mudo; pero parece que solo sabe hablar para hacer notorio á todos cuanto se ha descaminado. ¡Oh, qué digno de compasion es el hombre abandonado á su propia razon y á su orgullo! ¿Puede el infeliz ser entregado en manos de mas peligroso enemigo? ¿puede fiarse á peor, á mas deslumbrada guía? Admirámonos de que haya sistemas tan monstruosos y tan estravagantes en punto de religion; pero aun mas debiéramos admirarnos si el entendimiento humano, destituido de las luces de la fe, errase menos, y desbarrase en menores estravagancias. Una vez abandonado á sí mismo, ¿cómo pudiera dar paso que no fuese un precipicio? Oscurecidas sus luces con tantas tinieblas como levantan las pasiones, ¿cómo pueden guiarle bien por el camino derecho? Solo el rendimiento, la sujecion á la Iglesia puede ponernos á cubierto de tantos y tan conocidos peligros. Sin este ciego rendimiento todo es error, todo descamino, todo desórden. ¿Y he tenido yo hasta ahora este ciego rendimiento á sus decisiones, esta ciega obediencia á sus mandatos? ¡Buen Dios, cuanto tendré quizá de que arrepentirme en este punto!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que estando fundado el motivo de nuestro rendimiento á la Iglesia en el Espíritu Santo que la anima, y en su infalibilidad, debe ser universal y humilde este rendimiento. El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones, y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo: es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria: no está fundada ni en el consentimiento de los pueblos ni en la política: no tuvo parte en su institucion la prudencia de los hombres: Dios es el que habla: Dios es el que todo lo arregla, y todo lo dispone por el órgano de su divino Espíritu. ¡Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios! Sacrificarle no mas que una especie de rendimiento parcial, es

despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio, de concierto con el entendimiento humano, son los que entresacan de la multitud de las leyes de la Iglesia, aquellas que son mas de su gusto, y que mas le acomodan. Nuestra eleccion es propiamente la que entonces las da toda la autoridad que queremos concederlas; porque si consideramos que todas las leyes de la Iglesia provienen de un mismo espíritu; que cada una de ellas es estension de nuestra fe; que todas estriban en un mismo fundamento; que todas nacen de un mismo principio, que es la sabiduría, la infalibilidad y la autoridad del mismo Dios; ¿tendríamos atrevimiento para sujetarnos á ellas con restriccion y con limitaciones?

Y si es necesario sujetarse universalmente y con respeto á las decisiones dogmáticas y doctrinales de la Iglesia; ¿será por ventura menos necesario rendirse á las canónicas y morales que hablan con las costumbres? Si aquéllas deben hacer esclavo, como se esplica el Apóstol, al entendimiento humano en obsequio de la obediencia á Jesucristo, ¿tendrán éstas menos fuerza para hacer que el corazon se sujete á lo que manda el Evangelio? Todo aquel que soberbia y altaneramente se levanta contra la sabiduría de Dios, es réprobo. ¿Será por ventura menos el que se amotina contra su santidad y contra su divina prudencia? Grande es el número de los herejes de entendimiento; ¿será menor el de los herejes de voluntad y de costumbres? ¿son menos enemigos unos y otros de la cruz de Jesucristo y de su Iglesia?

¿Qué rendimiento ha sido hasta ahora el mio á las decisiones de esta comun madre de los fieles? ¿he sujetado mi entendimiento á todas sus decisiones, y he rendido mi corazon á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi presuncion; y acaso encontraré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignaos, Señor, de aumentar mi fe, aumentando mi rendida sujecion á vuestra santa Iglesia; y pues lo que debo creer es regla de lo que debo obrar, haced que mis costumbres sean en adelante la prueba mas evidente de mi fe.

JACULATORIAS. — Señor, auméntanos la fe. (*Luc. 7.*)

Un corazon dócil, Dios mio, un corazon dócil. (*3. Reg. 3.*)

PROPOSITOS.

1 El espíritu de error no es fácil que se sujete á la Iglesia. Jesucristo es la misma verdad, es vida y es camino. El carácter de la herejía es engañar, descaminar y perder. No quiere el he-

reje sujetarse al espíritu de Dios, porque solo quiere seguir su propio espíritu; á este solo consulta, y de aquí nacen su rebelion, su obstinacion y sus descaminos. La oveja que se aparta del rebaño, presto se pierde, y tarda poco en ser despedazada. Apenas salió el hijo pródigo de la casa de su padre, cuando se halló en pais desconocido, donde disipó todo lo que llevaba. No solo es la herejia escuela del error, eslo tambien de todos los vicios. Griten, ó hablen de reforma los herejes todo lo que quisieren: cúbranse con la piel de ovejas: pidan prestado á la hipocresia el traje, los modales y la esteridad de penitencia, de austeridad y de estrechez: dura poco la comedia, y aun mientras ella dura, solo pueden engañar á los estúpidos ó á los simples. En materia de religion siempre que se descamina el espíritu es en favor de la carne. Recorre todas las sectas: ninguna hallarás que no haya enseñado mil extravagancias; pero tampoco encontrarás ninguna que no arrastre, como por una necesaria consecuencia, el abismo de mil desórdenes. De toda secta es como fruto natural el desorden, la disolucion y la mas brutal lascivia. ¿Qué mucho que unos hombres ciegos tropiecen y den de hocicos? ¡pero si estos tropiezos sirvieran siquiera para que abriesen los ojos! Mas, ¡oh, y qué inútilmente se declama contra el error, cuando el entendimiento y el corazon van á una! Todos los votos del corazon son para mantener el orgullo del entendimiento en todos sus derechos; y toda la viveza del entendimiento se emplea en defender las torcidas inclinaciones del corazon. Este es el verdadero principio de la indocilidad, de la preocupacion, de la obstinacion, de la artificiosa conjuracion de los sectarios. Sean de aquí adelante pruebas visibles de tu católico pecho tu docilidad y rendimiento á todas las decisiones de la Iglesia. Huye cuidadosamente de aquellas conversaciones menos religiosas, ó por mejor decir escandalosas; y siempre sumamente perjudiciales, en las cuales parece se quiere erigir un tribunal particular para examinar las decisiones de la Iglesia. Sea tu fe sencilla, humilde, respetuosa, universal, y por decirlo así, ciega en cuanto á las bachillerias del entendimiento humano. Sin estas cualidades no será mas que un fantasma de fe.

2 Fuera de estas virtudes generales observa las advertencias siguientes. Primera: Luego que tengas noticia de que algun libro está legitimamente prohibido y condenado, ora sea por errado en la doctrina, ora por pernicioso á las costumbres, mírale con horror. No solo no le has de tener en tu poder; pero has de zelar con la mayor vigilancia que tus hijos, tus criados y dependientes no le lean, porque serás reo de su desobediencia: el

menor descuido en punto tan importante mancha la pureza de la fe, y lastima la delicadeza de la religion. Segunda: Jamás permitas que se dispute, arguya, ni defienda en tu presencia cosa que esté condenada, aunque sea por diversion, aunque sea en chanza, aunque sea con el especioso pretexto de querer instruirse bien en la doctrina verdadera. Esta especie de conversaciones y disputas sobre materias tan peligrosas, son unas como disertaciones criticas y malignas, que cuando menos, producen dudas y perplejidades, y no pocas veces fomentan el espíritu de maquinacion y de rebelion, tirando por lo comun á hacer despreciables las decisiones de la Iglesia. Tercera: Imponte una inviolable ley de no leer jamás libro alguno sospechoso, sea en orden á las costumbres, sea en orden á la doctrina. Es esta una materia tan importante, que por grande delicadeza de conciencia que se observe en ella, nunca será escensiva. El veneno mas sutil no es el menos temible, y á la menor sospecha de contagio todos se previenen con preservativos.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN ZENON, obispo, en Verona, el cual durante la tempestad de la persecucion gobernó aquella Iglesia con maravillosa constancia, y despues en tiempo de Galieno recibió la corona del martirio. (*Véase su vida en este dia.*)

SAN SABAS, godo, en Capadocia, el cual en tiempo del emperador Valente, cuando Atanarico, rey de los Godos, perseguia á los cristianos, despues de haber padecido crueles tormentos, fué echado en un rio; en cuyo tiempo, segun escribe S. Agustín, alcanzaron tambien la palma del martirio otros muchos godos católicos. (*Véase su vida en este dia.*)

SAN VICTOR, mártir, en Braga en Portugal, el cual siendo aun catecúmeno, como no quisiese adorar á un idolo, an'es bien confesase con gran constancia á Jesucristo, despues de muchos tormentos lo degollaron, mereciendo ser bautizado con su propia sangre. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SANTA VISIA, virgen y mártir, en Termo, ciudad de la marca de Ancona.

EL TRÁNSITO DE SAN JULIO, papa, en Roma, en la via Aurelia, el cual despues de haber trabajado mucho en defensa de la fe católica contra los Arrianos, y hecho otras cosas muy memorables, esclarecido en santidad murió en el Señor.

SAN CONSTANTINO, obispo y confesor, en la ciudad de Gap.

SAN DAMIAN, obispo, en Pavia.